

4. Una profesión nueva y muy femenina. Los primeros pasos de la asistencia social en Aragón (1959-1966)

La creación de los estudios de asistenta social en Zaragoza posibilitó el nacimiento en Aragón de esta nueva profesión. Fue impulsado por Cáritas con el objetivo de profesionalizar la atención a los pobres y mejorar de esa forma la eficacia de las actuaciones caritativas y estuvo caracterizado por la carencia de reconocimiento oficial, tanto de los contenidos formativos, como del diploma y las primeras profesionales diplomadas trabajaron en entidades dependientes de la iglesia católica, realizando una labor en la que, en muchas ocasiones, se confundían los contenidos técnicos con el apostolado. La experiencia formativa de las escuelas promovidas por Cáritas, así como la aprobación del primer plan de estudios oficial por parte del Ministerio de Educación y Ciencia en 1966, supusieron un impulso importante en el proceso de tecnificación de la profesión en Aragón.

En este capítulo analizaremos los primeros pasos de la profesión en Aragón, caracterizados por la falta de rigor técnico, tanto en los contenidos formativos de los estudios como en el ejercicio profesional, lo que se explica por diversas razones. En primer lugar, podemos identificar la inexistencia de profesorado con una formación adecuada y de bibliografía específica, especialmente en las materias de asistencia social, ya que existía una escasa experiencia formativa en estos estudios en España. Por otra parte, la definición social de la propia profesión la habría dotado de unos contenidos ideológicos fundamentales para asistir y moralizar a los pobres, restando importancia a los propios contenidos técnicos y profesionales. Finalmente, para hacer compatible la incorporación de estas mujeres de la burguesía con el modelo tradicional de la feminidad, se otorgó una mayor visibilidad social a las cualidades femeninas necesarias para el ejercicio de la profesión, más que a los conocimientos y habilidades técnicas.

De esta forma, la asistencia social profesional, en sus primeros momentos en Aragón, es concebida al igual que en otros países de Europa, como una especie de maternidad social, que permitía compatibilizar la función social asignada a la profesión con los deseos e inquietudes de las mujeres de la burguesía de realizar una actividad profesional. En este sentido, más que ejercer un oficio, estas profesionales tenían que desarrollar una misión para conseguir la transformación de la sociedad según el plan de Dios. Esta misión era presentada como algo más que una profesión y carecía en estos

primeros momentos de las condiciones necesarias para su regulación laboral, tales como un sueldo o unos horarios de trabajo, dado que la aceptación de una remuneración económica supondría la desaparición de la noción de ideal y de vocación. Estas mujeres, por otra parte, podían permitirse renunciar a un sueldo, ya que, por su origen de clase social, no precisaban de los ingresos económicos para subsistir. Por otra parte, muchas de estas primeras asistentes sociales se mantuvieron solteras, por considerar como incompatibles el matrimonio y las responsabilidades familiares con la misión social que estaban llamadas a desarrollar.

4.1. Una carrera muy femenina, moderna y dinámica. La formación de las primeras promociones

La Escuela de Asistentes Sociales San Vicente de Paúl de Zaragoza se creó en 1958 por iniciativa del arzobispado. La gestión se encomendó a la orden religiosa de las Hijas de San Vicente de Paúl. En los años cincuenta Cáritas había promovido la creación de otras escuelas en España, que se agruparon en la Federación Española de Escuelas de Asistentes Sociales de la Iglesia. Con el propósito de coordinar y orientar la labor de estas escuelas, esta federación estableció un programa común mínimo que, al mismo tiempo, permitía a cada escuela introducir sus peculiaridades. Éste es el programa que, con modificaciones en algunos cursos, se impartió en la escuela de Zaragoza, al carecer ésta en sus inicios de plan de estudios propio.

La concepción de la profesión para la que se formaba en esta escuela era la misma que la existente en las demás escuelas dependientes de la iglesia. Una concepción que ha sido analizada por M. V. Molina, a partir de la publicidad referida a estos estudios, durante el período comprendido entre 1936 a 1968. Para la difusión de los mismos se utilizaban folletos coloristas, con fotografías y con un lenguaje intimista, que se hacía llegar especialmente al colectivo femenino católico, preferentemente a mujeres solteras, religiosas y de un nivel socio-económico medio. Se trata de una concepción en la que se destacan tanto los aspectos de formación profesional como personal: “Una verdadera carrera que te dará derecho a obtener un título. Una carrera que goza de gran consideración social, bien retribuida, con un vasto y hermosísimo campo de acción. Aún cuando no trabajes profesionalmente, la carrera te será de gran utilidad para tu futura actuación en la vida social y en el hogar, para desarrollar y valorizar tus cualidades femeninas y para llenar tu vida de interés humano y fecundidad apostólica” (Molina, M. V., 1994).

Al carecer esta formación de carácter y reconocimiento oficial en los primeros momentos, el acceso a la misma era establecido por las propias escuelas. Según M. V. Molina (1994), lo habitual era exigir requisitos referidos a la edad, el nivel cultural y la personalidad de las estudiantes; era frecuente también que en algunas escuelas se admitieran sólo a mujeres. Pero la exigencia y aplicación concreta de estos requisitos dependía mucho de la personalidad y experiencia de los responsables de cada escuela. En cuanto a la edad, pedían una edad mínima comprendida entre los 18 y 21 años. Respecto al nivel cultural, se exigía el título de bachiller o un nivel cultural equivalente, demostrado mediante un examen de ingreso. Por las características especiales de la profesión, todas las escuelas daban gran importancia a las cualidades personales de las candidatas, por lo que se cuidaba mucho la realización de una entrevista personal y la aplicación de una prueba psicotécnica (Molina M^a V., 1994: 167). En el caso de la escuela de Zaragoza, las alumnas debían tener 18 años cumplidos, el título de bachiller elemental, realizar una entrevista y

superar una prueba de acceso consistente en un examen de cultura general que incluía muchos contenidos religiosos, según hemos podido constatar en los testimonios de asistentes sociales de las primeras promociones:

“En el examen de ingreso hubo una pregunta sobre quiénes eran los profetas mayores y menores” (Rosario, 8, M-1967-SS).

“Yo era muy cristiana y practicante con lo cual no tuve ninguna dificultad con el examen de ingreso, sobre todo en lo religioso, recuerdo que me preguntaron qué eran los sacramentales” (Clara, 7, M-1964-SA).

Los contenidos formativos impartidos en la Escuela de San Vicente de Paúl de Zaragoza, tenían un claro carácter religioso, como consecuencia de la influencia de la iglesia y de los planteamientos sobre la acción social de Cáritas, entidad promotora de la creación de la misma, un carácter religioso que se aprecia en la presencia de asignaturas, como doctrina social de la iglesia, los lugares de realización de las prácticas externas (parroquias, Cáritas, etc.) y en el perfil del profesorado de las asignaturas de asistencia social integrado exclusivamente durante los primeros años las Hijas de San Vicente de Paúl, formadas en escuelas de asistentes sociales de Madrid. Según el testimonio de uno de los directores de la escuela:

“Las practicas se hacían todas en entidades religiosas, parroquias, sobre todo de los suburbios de la ciudad” (José, 2P, H-1958-66-83-S-SVP).

Este carácter religioso es valorado por las personas entrevistadas como algo positivo, ya que contribuyó a prestigiar la carrera y actuó como un potente elemento de motivación hacia estos estudios tanto del profesorado como de las propias alumnas. Una de las directoras de la escuela lo constata:

“La carrera tenía un cierto prestigio, sobre todo para las alumnas que procedían de movimientos de carácter eclesial y social, dado el carácter diocesano y religioso de la escuela. (...) Las motivaciones que impulsaban a los profesores eran diversas. En general, les atraía que era una carrera nueva y que era una escuela diocesana” (María, 1P, M-1958-TS-SVP).

Además de este carácter religioso, la formación de estas primeras promociones tenía una orientación generalista y aplicada a la práctica, que ofrecían a las alumnas una formación personal y no solo profesional con materias como moral, psicología o derecho. Esta orientación generalista y aplicada se refleja en la poca profundidad y la orientación práctica de los contenidos teóricos de materias como puericultura, higiene o medicina de urgencia; en la existencia de cursillos y no de signaturas en tercer curso; en la elaboración y presentación de la tesina al final de la carrera, y en la importancia que se daba a las prácticas externas durante todos los cursos de la carrera. Una importancia que contrasta con los problemas que su realización planteaba, tanto a la propia escuela como a las alumnas por el número tan alto de horas que debían hacer (1600 horas) y por la ausencia de asistentes sociales profesionales en activo. Esta situación exigía a las alumnas de cursos superiores responsabilizarse en el lugar de las prácticas de sus compañeras de cursos inferiores, o la realización de las mismas durante los fines de semanas. Esta escasez de asistentes sociales en ejercicio se comenzó a compensar cuando las primeras tituladas fueron contratadas como monitoras de prácticas por la escuela, para apoyar a las alumnas durante la realización de sus prácticas externas, según podemos constatar en los testimonios de dos asistentes sociales de las primeras promociones:

“Como trabajaba, yo tenía que hacer las prácticas a partir de las seis de la tarde y los fines de semana” (Catalina, 5, M-1963-SA).

“Al terminar la carrera me incorporé como profesora de prácticas a la escuela” (Paloma, 3, M-1962-SS.).

Esta formación inicial se complementaba con otras asignaturas de contenido instrumental y relacionadas directamente con la concepción existente en ese momento de la asistencia social, como actividad profesional: técnicas administrativas, redacción de documentos, puericultura, medicina de urgencia y primeros auxilios, etc, materias que profundizaban en la formación inicial de bachiller elemental, exigido para acceder a la carrera. Conscientes de la falta de rigor en los contenidos formativos, la escuela de Zaragoza realizó esfuerzos encaminados a la consolidación de la formación teórica, sustituyendo los cursillos de tercero por asignaturas e incorporando a la formación de primer y segundo curso la elaboración de una monografía de carácter teórico. Algo similar ocurrió con la formación metodológica, en la que se introdujeron más asignaturas específicas de asistencia social o servicio social (individualizada, comunitaria, organización, etc.) y asignaturas de carácter instrumental como redacción de documentos, elocución, organización de bibliotecas, etc. Así mismo, se incorporó el francés como segundo idioma. En estos esfuerzos de consolidación de la formación tuvieron un importante papel los profesores de la escuela. Un profesorado que es valorado en general de forma positiva por las asistentes sociales entrevistadas, destacando algunos profesores en particular, por su formación teórica en la materia que impartían, su conocimiento e interés por esta nueva profesión y sus esfuerzos por aplicar los conocimientos teóricos a la misma, según se desprende de los testimonios que hemos recogido:

“En los primeros años todos los profesores tenían titulación superior, licenciatura o doctorado; en su elección se procuraba que al mismo tiempo fueran profesionales en activo, ya que la experiencia diaria de su profesión era enriquecedora para la formación de las alumnas” (María, 1P, M-1958-TS-SVP).

“Los profesores, eran muy buenos, eran médicos, sociólogos, psicólogos. Eran unos magníficos profesores” (Petra, 2, M-1961-J).

La formación impartida en los primeros años en la escuela de Zaragoza -a pesar de los esfuerzos realizados para consolidarla- carecía de contenidos rigurosos especialmente de técnicas e instrumentos metodológicos, debido en gran medida a la ausencia de profesorado con la formación adecuada en la materia de asistencia social y de bibliografía en castellano. Algo que se recoge en el testimonio de uno de los directores de la escuela:

“Recuerdo que no había libros sobre asistencia social en castellano y yo traducía un libro escrito en italiano sobre trabajo de casos” (José, 2P, H-1958-66-83-S-SVP).

No obstante, consideramos que uno de los mayores logros de los contenidos formativos iniciales de la Escuela de Zaragoza fue la exigencia a las alumnas para la obtención del título, de la realización y presentación de una tesina o investigación social como trabajo de fin de carrera. Estos trabajos cumplieron una serie de funciones importantes, tanto para la formación de las alumnas, como para las relaciones de la escuela con la sociedad aragonesa. Mediante la realización de las tesinas, las alumnas tenían la oportunidad de aplicar los conocimientos teóricos y metodológicos al estudio de un aspecto concreto de la realidad social y de aprender un estilo de trabajo riguroso al menos en lo que

se refiere al conocimiento de las situaciones objeto de intervención profesional del trabajo social. La presentación de la tesina era un requisito establecido por todas las escuelas de asistentes sociales dependientes de la iglesia, tal como se pone de manifiesto en el testimonio de uno de los directores de la escuela:

“En las reuniones de la Federación de Escuelas de la Iglesia aceptamos todos el que se exigiese la tesina como un trabajo de maduración” (José, 2P, H-1958-66-83-S-SVP).

Los temas de estos trabajos fueron cambiando conforme cambiaba el contexto social y, en general, reflejaban cuestiones de actualidad: barrios deprimidos, problemas de higiene y vivienda, emigración, preocupación por cuestiones religiosas y morales, etc.; y cuestiones relacionadas con las formas de acción social: instituciones de caridad o de auxilio social, parroquias, etc. Se trata de temas que abarcan una amplia gama y responden a criterios de colectivos concretos, en los que se estudian sus características, necesidades y problemas, así como los factores que influyen en los mismos o sus causas; de servicios para atender a estos colectivos concretos y a la población en general; y de territorios concretos en los que se estudian la situación social, económica, urbanística, educativa, moral etc. Nos parece interesante destacar, entre estos temas, algunos que podrían ser considerados, dado el contexto social y de la acción social de la época, como temas vanguardistas. Por ejemplo el tema de los movimientos urbanos, el feminismo, la homosexualidad masculina, etc.⁴⁶ Los planteamientos desde los que se solían estudiar estos temas contemplaban especialmente aspectos sociales y familiares y sus influencias en la situación o problemática de los diferentes colectivos. Es interesante señalar como, en los primeros años, se solían presentar trabajos con un enfoque centrado en cuestiones morales, de valores, etc., consecuencia del marcado carácter religioso de la formación y de las concepciones ideológicas dominantes sobre la pobreza. Las tesinas se refieren en una gran mayoría de casos a estudios de situaciones objeto de intervención social (los diferentes colectivos o territorios). Es interesante señalar que hay también algunos trabajos, aunque muchos menos, que investigan sobre el propio trabajo social como profesión, tanto en general, como en sus aplicaciones concretas en diferentes ámbitos de intervención o de problemática (alcoholismo, delincuencia, etc.) o en sus aplicaciones por niveles de intervención (individual, familiar, grupal, comunitario). En algunos casos, los trabajos abordan ámbitos organizativos del propio trabajo social como profesión o de la acción social: los servicios asistenciales de un municipio, etc.

Muchos de los trabajos se realizaron en instituciones en las que no había contratada ninguna asistente social, dada la escasa presencia de la profesión en los momentos iniciales. No obstante, en algunos casos los temas investigados respondían a los intereses concretos de las instituciones en las que se realizaban o de los colectivos a los que se estudiaban. Por ejemplo, la realización de los estudios sobre barrios deprimidos de la ciudad de Zaragoza coincidieron con la iniciativa de Cáritas de promover la realización de los mismos, los estudios sobre la incidencia de factores sociales en determinadas enfermedades coincidieron con un cambio en los planteamientos sobre las enfermedades en el ámbito sanitario. En cuanto a la metodología y enfoques teóricos de los trabajos, se trata en una gran mayoría de los casos de trabajos descriptivos, con unos planteamientos teóricos

⁴⁶ Tendríamos que analizar en profundidad el contenido de estos trabajos para poder confirmar este carácter vanguardista en relación con los enfoques desde los que se abordan los diferentes temas.

escasamente elaborados, con el uso mayoritario de técnicas de investigación social cuantitativas o de revisión documental y con un trabajo de campo escaso.

Estas características de la formación inicial de las asistentes sociales cambiarán, entre otras razones, como consecuencia del reconocimiento oficial de estos estudios en el año 1964, de la reglamentación de las escuelas y de la aprobación del plan de estudios por parte del Ministerio de Educación y Ciencia en el año 1966; unos hechos que marcaron el final de este primer período cronológico en el que se sitúan los primeros pasos de esta nueva profesión.

4.2. Inquietudes de mujer. Características y motivaciones de las primeras asistentes sociales

Lo más significativo es que en estos primeros años sólo estudiaban la carrera mujeres, algunas con edades superiores a las de la finalización del bachiller, solteras, procedentes de familias de clases sociales altas y medias, que concebían la asistencia social como algo más que una profesión y que supieron encontrar en ella un medio para canalizar sus inquietudes morales y religiosas, de ayudar a los más necesitados, a la par que dar respuesta a sus inquietudes personales de poder dedicarse de forma remunerada a una actividad profesional. La profesión de asistente social les permitió lograr la satisfacción de estas aspiraciones de una forma acorde con la imagen social tradicional de la feminidad. Esta misma imagen social de la profesión y este mismo perfil sociodemográfico de las profesionales podemos encontrarlo en el estudio realizado en Cataluña por J. Estruch y A. Güell (1976): "Este es el tiempo esperanzador y preñado de futuro, en el que unas señoritas voluntariosas y con espíritu apostólico abierto, pertenecientes a una clase que no les permite afiliarse a movimientos obreros católicos, pero llenas al mismo tiempo de inquietud social (...) acuden a las escuelas de formación de asistentes sociales para estudiar algo que es más que una profesión" (Estruch, J y Güell, A. M., 1976: 51).

Por tanto, la característica que más destaca respecto al alumnado de la Escuela de San Vicente de Paúl de Zaragoza, en estos primeros años y a lo largo de toda su historia, es que está constituido casi exclusivamente por mujeres⁴⁷. Esta presencia, exclusivamente femenina, hemos podido constatarla en los datos de las matrículas y las actas de las notas de la escuela, tal como se recoge en el anexo 6. Por otra parte, algunas asistentes sociales de las primeras promociones y una de las directoras de la escuela también lo confirman:

“En mi curso estábamos alrededor de treinta y tantas compañeras, todas mujeres” (Juana, 4, M-1962-SA).

“Mis compañeras eran todas mujeres” (Clara, 7, M-1964-SA).

“La escuela empezó con un carácter totalmente femenino, aunque no se negaba la entrada a varones” (María, 1P, M-1958-TS-SVP).

Las razones que explican este carácter feminizado del alumnado tienen que ver con el hecho de que la carrera se crea para tecnificar la actividad caritativa y convertirla en asistencia social. Dicha tecnificación precisaba de actuaciones de ayuda directa a los pobres, unas actividades realizadas de forma voluntaria y exclusiva por las mujeres de las clases medias y de la burguesía. Los pocos hombres que se dedicaban a las actividades

⁴⁷ Un carácter feminizado que, tal como hemos expuesto en el capítulo anterior, se refleja desde 1958 a 1975, en el nombre de la escuela: Escuela de Asistentas Sociales San Vicente de Paúl.

caritativas, lo hacían a través de tareas directivas en instituciones caritativas o benéficas. De hecho, los hombres no tenían interés en una actividad que no estaba reconocida como profesión y por tanto que no proporcionaba unos ingresos económicos suficientes para sostener a una familia. Encontramos una excepción, en el caso de Barcelona, donde se crea una escuela masculina de servicio social, en la que se forma a los alumnos para tareas de dirección y gestión de obras benéficas o para trabajar en empresas, según hemos expuesto anteriormente. Este interés de los hombres por los estudios, a partir de la mejora de las condiciones laborales, es constatado por el testimonio de una de las directoras de la escuela:

“Los varones son atraídos a estudiar esta carrera, cuando ya se van viendo, efectivamente, salidas profesionales” (María, 1P, M-1958-TS-SVP).

La edad de las alumnas, superior a la de la finalización del bachiller, se explica por ser una carrera de nueva creación, por lo que las personas interesadas en cursarla, en fechas anteriores a 1958 no pudieron hacerlo y se incorporaron en el momento de su puesta en marcha, a pesar del tiempo transcurrido, en muchos de los casos, desde que finalizaron el bachiller; y por plantearse muchas de ellas estudiar esta carrera como formación personal y no tanto como salida laboral, ya que su procedencia familiar les garantizaba los ingresos económicos necesarios para mantenerse. Esta característica respecto a las edades de las alumnas las hemos podido constatar en las manifestaciones de una de las directoras de la escuela y de una asistente social de las primeras promociones:

“La edad de las alumnas era un tanto avanzada, entre los veintitrés y los treinta años” (María, 1P, M-1958-TS-SVP).

“Estábamos alrededor de treinta y tantas compañeras mayores, yo era una de las pocas jóvenes” (Juana, 4, M-1962-SA).

En relación con la extracción social y familiar, las alumnas de las primeras promociones pertenecían a familias de clase social media y alta. Esta procedencia social de las alumnas de las primeras promociones se explica por dos tipos de razones. En primer lugar, esta carrera se crea para tecnificar las actividades caritativas y convertirlas en asistencia social, por lo que las primeras que tienen interés en estudiarla son las mujeres que venían realizando estas tareas caritativas de forma voluntaria y sin formación. Unas mujeres que pertenecían a familias de clases sociales altas, a la burguesía y a clases sociales medias, y que eran las más indicadas para realizar la labor que se les encomendaba desde las concepciones ideológicas de la pobreza, moralizar a los pobres e inculcarles los valores de la clase media, formadas por profesionales cualificados y comerciantes, que podían permitirse económicamente dar oportunidades educativas a sus hijas, aunque en una carrera de corta duración y típicamente femenina. En segundo lugar, al tratarse de una escuela privada las alumnas tenían que pagar una matrícula anual y unas cuotas mensuales, para lo cual precisaban de la ayuda económica de la familia o bien tener ellas mismas ingresos económicos propios, procedentes de su trabajo, normalmente como secretarías, con unos horarios de trabajo compatibles con el horario de las clases de tarde. Esta situación de las alumnas la hemos podido constatar en las manifestaciones de dos de los directores de la escuela y de algunas asistentes sociales de las primeras promociones:

“Yo diría que muchísimas alumnas que había entonces eran de clase alta y media” (José, 2P, H-1958-66-83-S-SVP).

“Las alumnas eran de familias conocidas en Zaragoza, clase media y media alta” (María, 1P, M-1958-TS-SVP).

“Mis compañeras eran señoritas de la alta, altísima burguesía de Zaragoza” (Clara, 7, M-1964-SA).

“Cuando empecé a estudiar asistente social, yo estaba trabajando como auxiliar administrativa en una oficina” (Juana, 4, M-1962-SA).

”Yo estaba trabajando como secretaria de una empresa y simultaneaba los estudios con el trabajo” (Catalina, 5, M-1963-SA).

Algunas de estas mujeres podrían haber estudiado otras carreras, pero no lo hicieron porque les gustaban más los contenidos de los estudios de asistente social y su corta duración. Otras se decidieron por esta carrera al no poder acceder a otras de mayor duración y universitarias. Así lo confirman algunos testimonios de asistentes sociales de las primeras promociones:

“Lo que yo quería estudiar en un principio era medicina.” (Paloma, 3, M-1962-SS).

“Mi padre quería que hiciese farmacia, pero a mí esa carrera no me gustaba” (Clara, 7, M-1964-SA).

“Yo hubiera querido estudiar filosofía y letras, pero no fue posible en ese momento” (Catalina, 5, M-1963-SA).

En cuanto a las motivaciones de las alumnas para estudiar esta carrera, entre los testimonios que hemos recogido, destacan dos tipos de razones. En primer lugar, el carácter religioso de la formación y el hecho de que surgió para profesionalizar las actividades caritativas realizadas por mandato de la doctrina cristiana, como deber de los fieles. En segundo lugar, la orientación humanista de la formación y el hecho de que fuera concebida no solo como una formación que habilitaba para el ejercicio profesional, en un momento en el que las salidas laborales eran escasas e incluso inexistentes, sino el que fuera una formación de interés personal. Lo más frecuente entre las personas entrevistadas ha sido encontrar de forma simultánea los dos tipos de razones. Como ocurre en el testimonio de estas asistentes sociales de las primeras promociones y de dos de los directores de la escuela:

“Vi las asignaturas como una formación personal” (Juana, 4, M-1962-SA).

“Me enteré de la existencia de esta profesión cuando empecé a leer cosas sobre ella en revistas cristianas y lo que más me gustó de la profesión fue el humanismo. (...). Yo era muy cristiana y practicante con lo cual no tuve ninguna dificultad, sobre todo, en lo religioso” (Clara, 7, M-1964-SA).

“Yo quería ser útil, esta es una de las ideas claves mías, ser útil en la vida, por eso estudié esto” (Rosario, 8, M-1967-SS).

“La carrera tenía prestigio por su carácter religioso y algunas alumnas procedían de movimientos de carácter eclesial y social” (María, 1P, M-1958-TS-SVP).

“Las estudiantes de las primeras promociones vieron en esta carrera algo muy femenino, propio de la mujer: un servicio social y también vieron una manera de promoción social” (José, 2P, H-1958-66-83-S-SVP).

En cualquier caso, tanto si las motivaciones eran religiosas o humanitarias, todos los testimonios recogidos coinciden en señalar la importancia de la vocación como componente de la profesión, una importancia que la sitúa casi al mismo nivel que la propia formación teórica y técnica. Razón por la cual, en el procedimiento establecido por la escuela para admitir a las alumnas, éste era uno de los contenidos que se valoraba. En este sentido, uno de los directores de la escuela afirma que:

“Había un componente muy importante vocacional entre las alumnas. (...) En el examen que se hacía de ingreso, una de las cosas que se preguntaba era ver el porqué elegían esto, yo creo que había en los primeros momentos un componente fundamentalmente vocacional y otro componente era el hacer estos estudios porque era una salida, un servicio muy valorado” (José, 2P, H-1958-1966-1983-S-SVP).

Respecto a las intenciones de estas primeras alumnas al finalizar los estudios, las personas entrevistadas manifiestan que las alumnas procedentes de familias de clases sociales altas no tenían interés en ejercer la profesión, ya que estudiaban esta carrera únicamente para tener una formación personal a través de unos estudios considerados como muy femeninos y que, por otra parte, no necesitaban trabajar para ganarse la vida. Estas alumnas, en muchos casos, abandonaron los estudios antes de finalizarlos, en concreto al tener que realizar las prácticas. Por el contrario, en el caso de todas las personas entrevistadas, su intención al estudiar esta carrera era el dedicarse profesionalmente a la asistencia social, como actividad remunerada, aunque no veían muchas salidas profesionales y las condiciones laborales no permitían una auténtica independencia y autonomía económica. Algo que no necesitaban para subsistir, ya que contaban con el apoyo económico de sus familias. Por otra parte, muchas permanecieron solteras, ya que era difícil compaginar el trabajo remunerado y las responsabilidades familiares. Las que se casaban dejaban de trabajar al hacerlo o al nacer su primer hijo. Esta situación hemos podido constatarla en los testimonios de asistentes sociales de estas primeras promociones:

“Las alumnas de familia bien dejaron la carrera en primero porque las prácticas no les gustaban ni ver” (Clara, 7, M-1964-SA).

“Yo tenía claro trabajar; mi padre era maestro y nos había inculcado la importancia del trabajo y del estudio. Pero mi compromiso con mi marido era dejar de trabajar cuando tuviera un hijo” (Paloma, 3, M-1962-SS).

Podemos afirmar, por tanto, que las alumnas estudiaban con el objetivo de encontrar en la asistencia social una salida profesional, a través de una actividad muy feminizada y por tanto acorde con los estereotipos tradicionales de género. Y ello a pesar de ser una profesión con escasas salidas laborales, poco conocida socialmente y mal pagada, pero que era considerada por ellas como una salida profesional más gratificante desde el punto de vista humano y del apostolado religioso que otras profesiones también feminizadas como secretaria o dependienta.

4.3. Algo más que una profesión. Primeras salidas laborales y ejercicio profesional

En estos primeros momentos de la profesión, las salidas laborales estaban determinadas por un contexto caracterizado por la ausencia de libertades y derechos sociales y políticos, el aislamiento internacional y la existencia de fuertes movimientos migratorios del mundo rural al medio urbano, que causaron diversos problemas sociales: pobreza, chabolismo, falta de equipamientos, dificultades de integración de los inmigrantes

en las sociedades receptoras, etc. Este contexto determinó que el contenido profesional fuera de tipo asistencialista y dirigido a paliar las necesidades de la población causadas por la escasez de recursos materiales.

4.3.1. Salidas laborales

Muchas de las alumnas de las primeras promociones no trabajaron como asistentes sociales, dado que había pocos puestos de trabajo, sino que se dedicaron a sus familias, ya que no precisaron trabajar para obtener ingresos económicos o bien estudiaron la carrera como formación personal y no como profesión. Esta situación es similar a la que existía en otras zonas de España a principios de los años setenta. En el caso del estudio de J. M. Vázquez (1970) el 73% sobre los diplomados españoles no ejercían la profesión y el 41% de los profesionales que no trabajaban abandonaron el ejercicio de la profesión por causa del matrimonio. Por su parte J. Estruch y A. M. Güell (1974), afirman que “nos hallamos ante una profesión ejercida de hecho por la mitad solamente de las personas oficialmente habilitadas para ello en Cataluña” (Estruch, J. y Güell, A. M., 1974: 106). Estos autores explicaban esta situación porque muchas mujeres en estos años se acercaban a la asistencia social por motivaciones religiosas y con la intención de ejercer más una tarea de apostolado que un auténtico ejercicio profesional.

Las que trabajaron como asistentes sociales, lo hicieron en la mayoría de los casos en entidades relacionadas con la iglesia y con unas condiciones laborales tan precarias y flexibles, que hacían que su dedicación se pareciera más a una actividad de apostolado que a una auténtica actividad profesional. Los testimonios que hemos recogido son todos de personas que han trabajado o trabajan como asistentes sociales, dadas las dificultades con las que nos hemos encontrado al intentar localizar a alumnas de estas primeras promociones que nunca ejercieron como asistentes sociales. No obstante, lo que las personas entrevistadas han expresado es que muchas de sus compañeras no trabajaron como asistentes sociales, por las razones apuntadas anteriormente. Nos ha parecido interesante destacar un caso concreto de una de las asistentes sociales de las primeras promociones, que, al no compartir la imagen que existía en ese momento de la profesión, decidió no dedicarse a ella, a pesar de haber terminado los estudios:

“Pues no me gustó el contenido caritativo de la profesión en esos años. Las salidas laborales eran en parroquias, así que no ejercí la profesión, me olvidé totalmente de ella” (Catalina, 5, M-1963-SA).

Respecto a estas salidas profesionales, las primeras asistentes sociales trabajaron en entidades de asistencia social de la iglesia, como Cáritas o las parroquias; en entidades dependientes de la beneficencia pública como protección de menores; o en alguna empresa, según se desprende del testimonio de dos de los directores de la escuela y de algunas de estas primeras asistentes sociales:

“Las primeras entidades empleadoras fueron la misma escuela, en que algunas profesionales pasaron a ser profesoras de metodología de trabajo social o secretarias, algunas parroquias, protección de menores, la cárcel, alguna empresa, etc.” (María, 1P, M-1958-TS-SVP).

“Trabajaban también en algunos colegios, públicos o privados es igual, porque dependían del talante de la gente que hubiese allí y empezaron a trabajar también con grupos de tercera edad siempre que estaban en organizaciones de tipo benéfico-asistencial” (José, 2P, H-1958-66-83-S-SVP).

“Las primeras se colocaron en cosas de jubilados de la caja de ahorros, en una asociación de padres de subnormales.”(Petra, 2, M-1961-J).

“Lo que querían la mayoría de las que estábamos estudiando entonces, era trabajar en empresa, por el sueldo” (Paloma, 3, M-1962-SS).

Al tratarse de una profesión nueva y desconocida en Zaragoza, la propia escuela, primero, y luego la asociación de asistentes sociales, asumieron la tarea de dar a conocer la profesión para lo cual realizaron entrevistas con los responsables de entidades empleadoras tanto públicas como privadas, con el objetivo de explicarles el perfil formativo y profesional de las asistentes sociales, según podemos comprobar a través del testimonio de una de las directoras de la escuela:

“Realizábamos visitas directas y personales a los directivos de entidades privadas y públicas, viendo la necesidad y las posibilidades de crear puestos de trabajo y durante los tres años de prácticas y sobre todo al llegar a su tercer curso, se intentaba crear la necesidad de esta profesión, evaluando la problemática que tenían las entidades y las soluciones que se podían aportar” (María, 1P, M-1958-TS-SVP).

En algunos casos, las asistentes sociales de las primeras promociones se marcharon fuera de Aragón a ejercer la profesión y los testimonios sobre estas experiencias nos han permitido contrastar las salidas laborales existentes en esos otros lugares con la situación en Aragón. Una de estas asistentes sociales comenzó a trabajar en un hospital en el año 1965, una situación excepcional en ese momento histórico, según se desprende de su testimonio:

“Mi primer trabajo fue en el Hospital General de Asturias. Estaba muy bien organizado el servicio de asistencia social, creo que lo mejor que me pudo pasar fue ir a trabajar allí, en ese sentido fui una privilegiada. Incluso teníamos supervisión de nuestro trabajo, cosa que yo agradecí muchísimo” (Clara, 7, M-1964-SA).

Podemos afirmar, a partir del análisis de estas manifestaciones, que las primeras salidas laborales de las asistentes sociales aragonesas estuvieron determinadas tanto por las necesidades sociales de la población como por las formas de acción social del momento. Unas necesidades sociales que estaban condicionadas por el contexto social y político, que entre 1958 y 1966 estuvo caracterizado, según F. J. Yagüe (1993), por el desarrollo económico y los cambios impulsados desde el gobierno tecnócrata, un gobierno que produjo planes de estabilización y desarrollo de la economía española con efectos sociales ambiguos y cambios en cuanto a la flexibilización de la política social con el protagonismo de la organización sindical. Estos cambios posibilitaron la transformación socioeconómica de la sociedad zaragozana. La ciudad de Zaragoza se convirtió, a partir del año 1956, en el centro industrial de Aragón, ya que se apostó por una industrialización acelerada, se liberalizó el comercio exterior, se devaluó la peseta y se produjo la apertura al capital extranjero. Todo ello con un elevado coste social: emigración interior e inflación. Zaragoza asumió el papel de locomotora de la región al crearse en 1964 un polo industrial de desarrollo. Esto llevó a la ciudad a sentir la necesidad de transformarse en una ciudad moderna, por lo que se iniciaron grandes obras que se desarrollaron en los años sesenta: puentes, edificios, transporte público a barrios, anuncios publicitarios, etc, a la vez que existían barrios degradados. Por otra parte, el fracaso de la política ruralista del régimen

provocó una crisis en el mundo rural ocasionando un movimiento migratorio del campo a la ciudad, creándose graves conflictos sociales en los barrios de los suburbios de la ciudad. Este movimiento migratorio se produjo en Aragón hacia Zaragoza y hacia Barcelona, provocando importantes dificultades en Zaragoza a la hora de asimilar adecuadamente el volumen de población, lo que llevó a la creación de zonas con unas condiciones de vida muy deficientes: anarquía constructiva, destrucción del legado histórico por la especulación, ausencia de servicios sociales y degradación social.

Por su parte, la acción social estaba protagonizada por las entidades dependientes de la iglesia católica, el estado, las empresas, las cajas de ahorros y algunas asociaciones. Dado que la política oficial ignoró esta realidad social que acabamos de describir, fue sobre todo la iglesia quien en los años cincuenta se ocupó de atender estos problemas sociales, a través de un amplio abanico de actuaciones caritativas de diversas órdenes religiosas, de Cáritas, de las parroquias y de diversas entidades confesionales, como Acción Católica o las Conferencias de San Vicente de Paúl; razón por la que diversos expertos han señalado la importancia que en esta etapa histórica tuvo la iglesia católica en el ámbito de la acción social (Casado, D., 1987: 104). En este momento histórico Cáritas ya no trataba, como en los años cuarenta, de coordinar las acciones caritativas, sino de planificar respuestas eficaces a las necesidades, mediante acciones no benéficas, sino asistenciales, a través del Plan Nacional de Asistencia y Promoción Social, destinado a cooperar con el programa de desarrollo económico de España. Se trataba de una nueva forma de concebir la asistencia social, no se buscaba el cambio social que erradicara las causas sociales de la pobreza, sino la promoción individual de la persona que acabara con las causas personales de la pobreza. Un nuevo concepto de asistencia social que orientó actuaciones como las de la Obra de Beneficencia de Nuestra Señora de la Piedad que ayudaba a familias gitanas espiritual y materialmente, las guarderías infantiles, los centros sociales de suburbios, el Patronato de Suburbios, los medicamentos para enfermos, la ayuda a transeúntes, los conventos pobres de clausura, la Ayuda Social Americana y la operación algodón y de reparto de colchones.

La ausencia de respuestas oficiales a los problemas sociales, que hemos señalado anteriormente, contribuyó a dar una mayor importancia a las respuestas de la iglesia. Una respuesta planificada y dotada de recursos. Por ejemplo, el Plan de Suburbios de Zaragoza se planteaba levantar grupos parroquiales que atendieran las necesidades tanto espirituales como materiales de la población más pobre: templo, escuelas, escuelas de orientación profesional, escuela hogar, guardería infantil, dispensario, centros de Acción Católica, salón de recreo y viviendas para sacerdotes y maestros. En el año 1957, se inauguraron siete de estos grupos parroquiales. En este planteamiento de asistencia social era posible encontrar dos novedades: planificar las acciones partiendo de las necesidades reales y aportar no solo dinero, sino también tiempo, cultura, etc., es decir, otro tipo de esfuerzo, a través sobre todo del voluntariado. En el año 1960, Cáritas de Zaragoza se convirtió en la entidad benéfico-social de la iglesia, desvinculándose definitivamente de Acción Católica. Se produjo un cambio en la dirección de Cáritas, lo que supuso una modificación importante en los planteamientos ideológicos y de actuación, apareciendo las primeras personas contratadas con un perfil profesional, entre las que se encontraba una asistente social, contratada para la Sección de Orientación y Ayuda al enfermo. D. Mariano Horno, director de Cáritas, en una entrevista a El Noticiero manifestaba “que este nuevo concepto de asistencia social se está llevando a cabo a través de actuaciones como la Sección de Orientación y Ayuda al Enfermo en el Hospital Clínico de la Facultad de Medicina”. (El

Noticiero, 10-6-1960, pág. 13, cit. por Yagüe, F. J., 1993). Este servicio se puso en marcha en 1960 para la asistencia médico-farmacéutica de los que carecían de prestación sanitaria oficial y tenían problemas económicos y Cáritas costeaba los gastos sanitarios de los enfermos que carecían de medios para ello (Amanecer, miércoles, 24 de mayo de 1961, cit. por Yagüe, F. J., 1993).

Estos cambios fueron acompañados de un cambio en la sede de Cáritas, como reflejo de la necesidad de reestructuración de los servicios y la intención de presentar una imagen más nueva, moderna y ágil. La entidad intentaba abrirse a todos los zaragozanos y reafirmar su identidad. Se hacía hincapié en el nuevo concepto de asistencia y en el concepto de justicia social. Este nuevo concepto de caridad organizada buscaba la eficacia de la planificación y la rehabilitación del pobre. Se pusieron en marcha campañas de sensibilización y de obtención de recursos que, junto a los medios tradicionales, utilizaron la recién creada sección de prensa, de caridad y de captación de socios. Por otra parte, las fuentes de ingresos abandonaron también los canales tradiciones de propaganda. En una palabra, y a criterio de F. J. Yagüe (1993), Cáritas se lanzó a la calle.

Este importante papel de Cáritas en la acción social en Zaragoza determinó que muchas de las asistentes sociales de las primeras generaciones trabajaran en entidades relacionadas con la iglesia católica, incluidas las dos primeras personas que fueron contratadas como asistentes sociales, en Zaragoza. La primera contratación se produjo en el año 1961, fecha en que se diplomaron las alumnas de la primera promoción. Fue Cáritas de Zaragoza la entidad que contrató, como hemos expuesto anteriormente, a una asistente social para el Servicio de orientación y ayuda al enfermo en el Hospital Clínico de la Facultad de Medicina. La segunda contratación se realizó en el año 1962 por parte de la parroquia de la Coronación del Barrio Oliver. Algo que hemos podido constatar por los testimonios de esta primera asistente social y del párroco de este barrio:

“Me quedé trabajando en el lugar en el que hice las prácticas, en la Facultad de Medicina y fue Cáritas la entidad que me contrató” (Petra, 2, M-1961-J).

“Al crearse el barrio fue a vivir allí gente muy humilde, trabajadora y cuando yo llegué de párroco, enseguida vi las necesidades de la gente y que era necesario hacer un trabajo de caridad, por lo que solicité a la escuela algunas chicas en prácticas y cuando acabaron de estudiar las de ese primer curso contraté a una” (Manuel, E1-Parroquia-1962).

Las entidades dependientes de la iglesia católica, que emplearon a estas primeras asistentes sociales, estaban interesadas en que el trabajo de estas profesionales tecnicizara y mejorara la eficacia de las actuaciones caritativas que se venían realizando hasta ese momento. Así lo manifiesta uno de los directores de la escuela:

“El presidente nacional de Cáritas, en ese momento, fue el que vio, en la profesión de trabajo social, un vehículo para lo que ellos querían que fuese Cáritas y que se dejase de la caridad y la limosna y que fuese una asistencia social” (José, 2P, H-1958-1966-1983-S-SVP).

Tal como manifiesta F. J. Yagüe (1993), las actuaciones que se iniciaron en Zaragoza para organizar la caridad buscaban sobre todo la eficacia en el proceso de llegar a todos los pobres ya que la caridad tradicional, lejos de acabar con la pobreza, la habría fomentado. Era necesario por tanto, un nuevo concepto de caridad que superara el de la caridad individualizada, para conseguir una mayor eficacia en la respuesta a los

necesitados, una eficacia que no se buscaba en la erradicación de las causas de la pobreza. Por tanto, los contenidos de las intervenciones de las asistentes sociales eran sobre todo de trabajo de casos, centrado en la distribución de ayudas económicas y en la comprobación de las situaciones de necesidad de las personas que solicitaban estas ayudas. Esto podemos constatarlo en algunos de los testimonios de estas primeras asistentes sociales:

“El trabajo en Cáritas era como muy amplio, yo hacía trabajo de asistente social a pesar de que estaba contratada como secretaria. Mi labor se desarrollaba primero con transeúntes y el reparto de la Ayuda Social Americana y también con parroquias y consistía en hacer trabajo de casos” (Juana, 4, M-1962-SA).

“En la parroquia en esos dos o tres años primeros nosotras teníamos atención directa de casos” (Paloma, 3, M-1962-SS).

“En la parroquia del barrio Oliver había muchísimos casos” (Rosario, 8, M-1967-SS).

No obstante, en estos primeros momentos desde Cáritas, en un intento de superar las actuaciones caritativas y asistencialistas, se impulsó un trabajo de elaboración de ficheros de casos sociales en cada parroquia, especialmente en aquellas situadas en los barrios más deprimidos social y económicamente. Podemos constatarlo en los testimonios de una asistente social y de uno de los directores de la escuela:

“Luego el trabajo cambió, yo creo que sería por el año 1965, cuando Cáritas cambió un poco los contenidos y la técnica de trabajo, empezamos a hacer estudios de población, un poco más serios, pero seguíamos haciendo el trabajo de casos en cada parroquia” (Paloma, 3, M-1962-SS).

“Se hacían muchos estudios que los dirigía casi todos yo, desde la escuela, con asistentes sociales. Así, por ejemplo, se hicieron los primeros estudios sobre los barrios más deprimidos y denunciábamos su situación al ayuntamiento” (José, 2P, H-1958-1966-1983-S-SVP).

Esta falta inicial de definición de los contenidos profesionales de las primeras asistentes sociales hizo que, en muchos casos, tuvieran que asumir contenidos de trabajo ajenos al propio trabajo profesional, pero que les eran asignados en Cáritas por ser necesaria su realización para la obtención de fondos, como en el caso de la venta de boletos y la atención de las tómbolas de caridad; o por ser necesarios para actividades sociales, como hacer trabajos de costura o traslados de enseres para las colonias infantiles de verano. Una de estas primeras asistentes sociales así lo manifiesta:

“Al terminar los estudios de los barrios empezaron un poco los problemas en Cáritas, ya que estas nuevas contratadas empezaron a preparar las colonias infantiles, tuvieron que ir a la propia sede de Cáritas, para acabar de coser las batas, coser algún botón o cosas de este tipo, preparar las cosas que había que llevar a colonias. Después había una tómbola de Cáritas y a esa tómbola sí que tuvimos que ir todas. Nuestro trabajo era vender boletos y dar los premios que salían en ellos. Luego acabó ese año y echaron a la calle a las doce que habían contratado que no estaban de acuerdo en hacer este trabajo” (Paloma, 3, M-1962-SS).

Aunque en este período histórico destacan por su importancia las actuaciones realizadas en materia de acción social por la iglesia católica, no hay que olvidar que junto a estas actuaciones existían otras respuestas sociales organizadas ante las necesidades

sociales de la población. Estas respuestas provenían del estado -con sus diversos niveles de organización territorial- de las asociaciones de ayuda mutua o de afectados, de las empresas y de las cajas de ahorros y montes de piedad. Por parte del estado, la acción caritativa y filantrópica del comienzo del régimen franquista tenía como objeto casi exclusivo la asistencia de las necesidades materiales, basada en unas relaciones con los beneficiarios de tipo autoritario (disciplina severa, ideologización, paternalismo, etc.) y su finalidad fue asistencial, con escaso margen para la rehabilitación y la prevención. El régimen había heredado las instituciones tradicionales de protección social pública: la beneficencia, la protección de menores y de la mujer y la reeducación de inválidos. Con posterioridad, se creó el Instituto Nacional de Asistencia Social (INAS) -adscrito al Ministerio de Gobernación- y el Fondo de Protección Benéfico-social⁴⁸.

Al final de los años cincuenta, la política económica de corte autárquico y voluntarista parecía agotada, y dejó paso a una nueva etapa de liberalización y racionalización económica. D. Casado (1987), considera que hay que atribuir al grupo de ministros tecnócratas del Opus Dei, y especialmente a Mariano Navarro Rubio, ministro de hacienda, la creación de los fondos nacionales, que se instituyeron mediante Ley de 21 de julio de 1960, siguiendo la técnica de impuestos finalistas. La contribución general sobre la renta se dedicó al Fondo Nacional para el Fomento del Principio de Igualdad de Oportunidades (PIO), un recargo de nueva creación sobre adquisiciones de bienes a título lucrativo se aplica al Fondo Nacional de Asistencia Social (FONAS), el impuesto sobre negociación y tramitación de valores mobiliarios se dedica al Fondo Nacional de Protección al Trabajo (FNPT) y, finalmente, los recursos de ahorro institucional sirven para la formación de un Fondo de Crédito para la difusión de la propiedad inmobiliaria. Parece que el régimen, en esta fase, intentó acreditarse técnicamente por el desarrollo económico, a la vez que procuraba justificarse políticamente por una ampliación de la protección social. Ambos medios de cambio económico y social habrían de servir para no promover el cambio del propio régimen. La ley de creación de los fondos fue un mero instrumento financiero de aplicación social, no creó organismos nuevos, sino que consistió en planes anuales de subvenciones a personas físicas y entidades privadas sin ánimo de lucro, entidades parapúblicas (como la Sección Femenina, por ejemplo) y a organismos públicos. Otra línea importante de la acción social del gobierno franquista fue la seguridad social. A partir del Instituto Nacional de Previsión creado en 1908 y siguiendo la pauta contributiva, se fue configurando un sistema de seguridad social, con la aprobación de normas como la Ley de bases de 28 de diciembre de 1963, que amplió las prestaciones y el colectivo de

⁴⁸ Durante la guerra civil, en la zona nacional, se organizó el Auxilio de Invierno, regulado por Orden ministerial de gobernación de 2 de febrero de 1937. Esta organización se estabilizó y pasó a ser Auxilio Social. Finalizada la contienda se consolidó mediante Decreto de 17 de mayo de 1940, quedando integrada como obra de Falange Española Tradicionalista y de las JONS (Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalistas). Posteriormente, la obra de Auxilio Social se transforma en organismo autónomo con el nombre de Instituto Nacional de Asistencia Social (INAS), que se adscribió al Ministerio de Gobernación por Decreto de 5 de abril de 1974. También durante la Guerra Civil, por orden del Ministerio de Gobernación de 21 de enero de 1939, se regularon en el sector franquista las subvenciones del Fondo Benéfico-social, que era un instrumento de financiación de la beneficencia en sus diferentes modalidades. Por Decreto de 15 de diciembre de 1940 se establece el régimen general de esta institución con el nombre de Fondo de Protección Benéfico-social, claro antecedente del Fondo Nacional de Asistencia Social.

beneficiarios⁴⁹. Las obras del régimen también realizaron intervenciones en materia de acción social. Para articular y controlar a los falangistas y a los nacional-sindicalistas, se crean dos grandes instituciones, diferenciadas del estado, pero muy asociadas a él: el Movimiento Nacional y la Organización Sindical⁵⁰ (Casado, D., 1987: 107-112).

En cuanto a las respuestas sociales ante las necesidades promovidas desde la ayuda mutua, hay que señalar que en el inicio del franquismo se creó la Organización Nacional de Ciegos Españoles (ONCE), mediante el Decreto de 28 de octubre de 1939, promulgado en la zona nacional. Posteriormente, por Orden de 29 de noviembre de 1958 se constituyó la Asociación Nacional de Inválidos Civiles (ANIC), que pretendía reproducir la fórmula de la ONCE. Por el contrario el movimiento asociativo de padres de niños con deficiencias psíquicas tuvo un origen privado y voluntario, constituyéndose la primera asociación en Valencia en el año 1958. Estas asociaciones cumplían funciones de ayuda mutua personal, sensibilización y reivindicación ante las administraciones públicas, pero también fueron creando servicios educativos y sociales propios, como los de educación especial, diagnóstico, estimulación precoz, residencias, talleres, clubes de ocio, etc. Estas asociaciones de apoyo a niños con deficiencias psíquicas constituyeron una excepción en el régimen franquista, sólo interesado en las asociaciones que podían controlar (Casado, D., 1987: 103).

En el período franquista cobra importancia la acción social empresarial voluntaria, dentro de la que encontramos la asistencia social, mediante prestaciones sociales de carácter técnico no específicamente laboral. Estos servicios tuvieron un desarrollo importante en la segunda mitad del período franquista, aunque de forma casi exclusiva en las grandes empresas, ya que en las pequeñas resultaba imposible su organización. La atención general de casos fue una prestación muy frecuente y junto a ella encontramos

⁴⁹ Además de la beneficencia y la seguridad social, el régimen franquista gestionó otras instituciones públicas en materia de acción social. La Obra de Protección de Menores y el Patronato de Protección a la Mujer dependían del Ministerio de Justicia y contaban con una serie de redes de servicios de carácter educativo y social. Junto a estas instituciones heredadas, después de la guerra civil se creó otra institución de protección social, el Patronato Nacional de Presos y Penados, mediante un Decreto de 27 de julio de 1943. A esta institución se le encomendaron funciones de asistencia, reinserción social, educación de la prole de los reclusos, etc. En el tema educativo el régimen heredó el Instituto Nacional de Reeducción de Inválidos, creado por Real decreto de 4 de marzo de 1922. Se trataba de una entidad con un doble contenido médico y educativo. El régimen franquista creó el Servicio Escolar de Alimentación, cuyo origen jurídico se encuentra en la Ley de enseñanza primaria de 17 de julio de 1945, y que se creó para prestar alimentación complementaria y educación doméstica en torno a la comida. En el Ministerio de Agricultura se crearon servicios con objetivos agrarios, que incluían aspectos sociales, como el Servicio de Extensión Agraria, creado en 1955.

⁵⁰ El Movimiento Nacional abrió varios frentes de acción sociopolítica: juventud, educación, mujer y servicios socioasistenciales. El Frente de Juventudes y la Organización Juvenil Española, además de ser instrumentos de adoctrinamiento político, prestaron una serie de servicios culturales y sociales, como centros de formación profesional, colegios menores y mayores, etc. La mujer fue objeto de atención de la Sección Femenina de Falange Tradicionalista y de las JONS, especialmente mediante el cumplimiento del Servicio Social Femenino, y mediante la realización de diversos programas culturales, educativos y sociales. Los más relacionados con servicios sociales fueron los hogares rurales, para la formación de las mujeres campesinas; las cátedras ambulantes, de extensión y animación sociocultural; los centros sociales de tipo polivalente; las guarderías infantiles; y la obra de Auxilio Social, cuya gestión realizó hasta su integración en el Ministerio de Gobernación en 1974. Por su parte, la Organización Sindical mantuvo obras sindicales en los campos de la artesanía, la colonización agrícola, el cooperativismo, la asistencia sanitaria, la formación profesional, el empleo, la vivienda y el tiempo libre.

servicios especializados como guarderías infantiles, servicios para los jubilados, residencias para vacaciones, etc. Esta acción social empresarial era muy afín a la estructura y modos del régimen franquista. Además, los holgados márgenes empresariales asegurados a las empresas, permitieron a éstas una financiación cómoda de su acción social, como forma de remuneración indirecta. De acuerdo con los planteamientos ideológicos del régimen los contenidos del trabajo en empresas eran fundamentalmente de control social de los trabajadores, según manifiesta una asistente social de las primeras promociones:

“No me decidí a trabajar en una empresa porque lo que querían era que estuviésemos controlando a las personas que tenían bajas por enfermedad” (Rosario, 8, M-1967-SS).

Finalmente, las cajas de ahorros y montes de piedad además de cumplir una función como entidades bancarias, también mantenían algunas obras sociales, destinadas sobre todo a jubilados.

4.3.2. Condiciones laborales

El análisis de las condiciones laborales de estas primeras asistentes sociales refleja que no realizaban un auténtico ejercicio profesional, debido a que no se exigía titulación para comenzar a trabajar, no existían horarios de trabajo, seguridad social ni contrato laboral escrito. Los testimonios recogidos de asistentes sociales de las primeras promociones señalan situaciones en las que se incorporaban a trabajar sin haber terminado los estudios y, por tanto, sin tener todavía el diploma; unos sistemas de selección de personal poco rigurosos, unos horarios flexibles de trabajo; la ausencia, en algunos casos, de contrato de trabajo escrito y unas retribuciones económicas tan bajas que no permitían vivir de forma independiente de la familia de origen. Todo ello se explica por ser una actividad profesional nueva, pero, sobre todo, por la imagen de la profesión existente en ese momento, una imagen que se correspondía más con un trabajo de apostolado que con una auténtica actividad profesional.

Las condiciones laborales son las mismas en todo el estado, tal como confirma el estudio de J. M. Vázquez (1970), quien constata que algo más de la mitad (53%) de los asistentes sociales españoles que trabajan a principios de los años setenta lo hacían sin poseer contrato de trabajo y lo que es más significativo, un 30% de los que no tenían contrato de trabajo no lo habían solicitado. Este estudio constata también que los profesionales que ejercían en entidades con actividades industriales comerciales eran los mejores retribuidos, mientras que en el campo religioso-pastoral se apreciaban las retribuciones económicas más bajas. Por su parte, J. Estruch y A. M. Güell (1974) afirman que, en los años setenta, un 16% de los asistentes sociales catalanes trabajan sin contrato de trabajo, ni verbal ni escrito. Un porcentaje que consideran muy elevado y sintomático de la persistencia de situaciones que consideran son más propias de períodos iniciales del trabajo social concebido como actividades benéfico-asistenciales, no profesionalizadas.

En el caso de Aragón, estas condiciones laborales eran similares a las descritas en los estudios citados anteriormente, es decir, ausencia de contratos de trabajo y de horarios, ingresos económicos muy bajos, etc., según podemos constatar en las manifestaciones de algunas asistentes sociales de estas primeras promociones:

“Yo los primeros años pues salía de trabajar en Cáritas a las doce de la noche, no teníamos horario” (Juana, 4, M-1962-SA).

“Cuando empecé a trabajar desde Cáritas no cotizaban un duro a la seguridad social. Yo fui contratada en el año 1962, estuve hasta el año 1980 sin que cotizaran por mí, porque a las asistentes sociales nos tenían como un trabajo voluntario, más que como profesionales” (Paloma, 3, M-1962-SS).

“Cuando empecé a trabajar no había terminado la carrera, me adelantaron dos exámenes para que pudiera empezar a trabajar.” (Clara, 7, M-1964-SA).

“Cuando yo entré a trabajar en la parroquia del barrio Oliver, yo le exigí al párroco un poco porque me da la impresión que a las anteriores no les habían puesto seguridad social y, efectivamente, sí me pusieron seguridad social. El sueldo era más o menos normal” (Rosario, 8, M-1967-SS).

Por otra parte, podemos afirmar que estas primeras asistentes sociales no se planteaban el ejercicio profesional como un medio de vida, dada su procedencia social y el componente vocacional con el que entraban en la profesión. Esto podemos constatarlo en el testimonio de una asistente social de las primeras promociones:

“Esos siete u ocho primeros años siempre había alumnas de nivel medio-alto, además se daba mucha importancia a la vocación y a no aprovecharte del necesitado, ganando un sueldo por ayudarles. Se identificaba el trabajo social con la ausencia de salario, incluso había muchas profesionales que lo que ganaban lo daban como ayuda.”(Justa, 7P, M-1966 y 1983-TS).

Respecto a los sistemas de acceso a los puestos de trabajo, las asistentes sociales de estas primeras promociones, en muchos casos, accedían a los mismos por contactos personales a través de profesores de la escuela en el caso de entidades dependientes de la iglesia y en el caso de la administración. Dado lo novedoso de esta profesión, en muchas entidades en las que no había asistente social, al finalizar los estudios la alumna que estaba allí realizando sus prácticas, se quedaba trabajando. Esta situación se pone de manifiesto en los testimonios de algunas de estas primeras asistentes sociales:

“Me quedé a trabajar en el mismo sitio donde hice las prácticas” (Juana, 4, M-1962-SA).

“Yo hice practicas en un hospital y al acabar de estudiar podía haberme quedado allí trabajando, pero no quise” (Clara, 7, M-1964-SA).

4.3.3. Contenidos de trabajo

En estos primeros momentos de la profesión existía un gran desconocimiento de los contenidos profesionales de las asistentes sociales por parte de las entidades empleadoras y una situación, en muchos casos, de falta de definición de estos contenidos por parte de las propias profesionales, dada la ausencia de experiencias profesionales previas en Aragón y las dificultades que suponía tener que aplicar unos contenidos de la asistencia social generalistas y poco rigurosos a la compleja realidad social de Zaragoza, caracterizada por la precariedad de amplios sectores de la población y por la dispersión, variedad e insuficiencia de unas respuestas sociales ineficaces.

El ejercicio profesional de estas primeras asistentes sociales estaba condicionado por el contexto social, caracterizado tanto por las precarias condiciones de vida de la población, como por los planteamientos ideológicos de las entidades empleadoras. Esto hizo que el contenido fundamental de trabajo fuera la atención de casos, con un planteamiento asistencialista de valoración de las situaciones de necesidad y de distribución

de ayudas materiales, si bien, conforme fueron cambiando los planteamientos de Cáritas, en relación con sus actuaciones, se fueron incorporando otros contenidos al trabajo de las asistentes sociales, como -por ejemplo- la realización de estudios. No obstante, los testimonios analizados muestran la participación de estas asistentes sociales en esos estudios únicamente como un trabajo de recogida de información, siendo su análisis responsabilidad del profesorado de la escuela de asistentes sociales.

Por otra parte, el análisis de las condiciones laborales, así como de los sistemas de acceso a los puestos de trabajo de estas primeras asistentes sociales, nos permite afirmar que, en esos primeros momentos, existía una escasa definición de esta actividad como actividad profesional, siendo más bien una actividad cercana al trabajo de apostolado y de voluntariado y que difícilmente permitía a estas asistentes sociales vivir con sus sueldos de forma independiente de sus familias. Esta confusión entre servicio social y apostolado existente en los momentos iniciales de la profesión, fue constatada por expertos de las Naciones Unidas como Helen Cassidy, licenciada en trabajo social, que visitó a principios de los años sesenta España (Estruch, J. Y Güell, A. M., 1976: 50). Según Christine Rater-Garcette (1996), también esta misma confusión la encontramos en los primeros años de existencia de la profesión en Francia, donde el trabajo social era considerado simultáneamente como una profesión y una vocación. De forma que las mujeres burguesas, en su papel de madres sociales, consideraban que más que ejercer un oficio tenían que desarrollar una misión o apostolado, para conseguir la transformación de la sociedad según el plan de Dios, y, en tanto que misión, algunas renunciaban al sueldo, algo que podían hacer dado que por su origen de clase social no precisaban de los ingresos para subsistir. Este tema de la retribución económica fue discutido en la Primera Conferencia Internacional de Servicio Social, en 1928, como si aceptar una retribución económica disminuyera la noción de ideal y de vocación.

Estas características estarían directamente relacionadas con el origen de la profesión como actividad feminizada, con unos contenidos escasamente tecnificados, definidos como extensión al ámbito de lo público de las funciones de cuidado y asistencia, tradicionalmente asumidas por las mujeres en el seno de las familias. No obstante, tal como hemos constatado en el contexto europeo, también en el caso de Zaragoza los inicios de esta actividad profesional supusieron una oportunidad para muchas mujeres jóvenes, hijas de la burguesía y de las clases medias, de diseñar sus propios proyectos de vida, al margen del matrimonio o el convento.

4.4. Trabajo profesional o apostolado. Imagen y presencia social de la profesión

La imagen de la profesión en estos primeros años estaba determinada por el hecho de que la asistencia social era una actividad profesional nueva y desconocida hasta ese momento en Zaragoza. Los testimonios que hemos recogido, así como el análisis de los documentos históricos, muestran la existencia de una coincidencia en la imagen de la profesión compartida por los profesores de la escuela, los responsables de las entidades empleadoras, y las propias asistentes sociales. Sin embargo, muchas de éstas se esforzaron en cambiar esa imagen, mediante un discurso de profesionalidad y mediante sus propias actuaciones profesionales. Una imagen caracterizada por una escasa definición de esta actividad como profesión, siendo más bien una actividad cercana al trabajo de apostolado y de voluntariado y considerada socialmente y por las propias asistentes sociales como una especie de maternidad social. Esta imagen de la profesión podemos encontrarla también en

el estudio realizado a principios de los años setenta por J. Estruch y A. M. Güell (1976) sobre la asistencia social en Cataluña. Estos autores señalan que las dos terceras partes (un 61% estaban solteras y un 39% casadas) de las mujeres que ejercían la profesión, en ese momento histórico, la consideraban como una maternidad social y que, al tratarse de mujeres solteras, no habían ejercido realmente jamás la maternidad material (Estruch, J. y Güell, A. M., 1976: 59).

Estas primeras asistentes sociales asumieron por tanto un doble compromiso: la definición de los contenidos profesionales y la clarificación de ciertas confusiones que llevaban a identificar a la asistenta social con la empleada de hogar, por ejemplo. Esta definición de los contenidos se enfrentaba a la existencia de una dificultad añadida, la presencia de muchas personas que sin titulación, de forma voluntaria o remunerada, venían desarrollando funciones de asistente social; este fenómeno, el del intrusismo profesional, ha estado presente también en momentos posteriores del desarrollo de la profesión. Algunos testimonios de asistentes sociales de las primeras promociones así lo confirman:

”La profesión tenía una imagen ligada totalmente a la beneficencia, medio monja, dedicada a los demás con la idea que tenemos de beneficencia clásica” (Catalina, 5, M-1963-SA).

“Era un momento difícil, en el que había que elevar la profesión para que la gente que te rodeaba viera lo que era, viera de qué se trataba. Éramos nosotras las que teníamos que luchar demostrando con nuestro trabajo lo que era.” (Petra, 2, M-1961-J).

Podemos identificar una cierta presencia pública de la profesión a través de la escuela de asistentes sociales, ya que en esos momentos iniciales no había asociación profesional. Esta presencia de la escuela se concreta en su participación en la Federación de Escuelas de Servicio Social de la Iglesia, con sede en Madrid, y en el caso de la sociedad zaragozana con la participación de profesores y estudiantes en la realización de estudios sociales de barrios deprimidos. Además de esta presencia, nos ha parecido significativa desde el punto de vista ideológico, la presencia de autoridades militares, civiles y eclesiásticas en los actos protocolarios de la escuela, como las inauguraciones de los cursos y actos de entrega de diplomas a las alumnas de la primera promoción⁵¹.

A modo de conclusión de este capítulo, podemos afirmar que los primeros momentos de la asistencia social como profesión en Aragón están caracterizados por la falta de rigor de los contenidos formativos, especialmente de las materias específicas de la carrera, así como por la inexistencia de regulación de las condiciones laborales de su ejercicio profesional y por una imagen que la mostraba más como una actividad cercana al

⁵¹ Tal como hemos expuesto en el capítulo tercero, en el Boletín Oficial Eclesiástico número 11, publicado por el Arzobispado de Zaragoza, aparece en una reseña del acto de inauguración del curso de asistentes sociales, realizado en el salón de actos de la Caja de ahorros y presidido por el Sr. Arzobispo Dr. Don Casimiro Morcillo, al que acompañaron en la mesa presidencial el consiliario de Cáritas nacional, el delegado de Sindicatos, un representante de la Universidad de Zaragoza, un representante del profesorado de la escuela y el subdirector de Cáritas Diocesana. Se destaca entre los asistentes la presencia del Sr. Arzobispo, un representante de la Universidad, un representante de Cáritas Nacional, la superiora general de las Hijas de San Vicente de Paúl de España, la superiora de la Casa Amparo, la superiora del Colegio de San Vicente de Paúl, el subdirector de Cáritas Diocesana y la directora de las escuelas de asistentes sociales de las Hijas de María de Madrid.

apostolado que como una auténtica actividad profesional. Unas características determinadas por el hecho de tratarse de una actividad profesional nueva y feminizada.

En este sentido, el trabajo social, en tanto que profesión feminizada, comparte estos rasgos con otras actividades sociales feminizadas y realizadas por las mujeres tanto en el ámbito familiar como en el mercado laboral, según se desprende de los estudios que se han realizado en España sobre el trabajo familiar (D. Comas, y J. Roca, 1996) y sobre otras profesiones feminizadas como magisterio (S. San Román, 1998) y enfermería (J. Canals, 1886). En todos los casos, las actividades feminizadas son poco valoradas y poco visibles social y económicamente, como consecuencia de que son realizadas por las mujeres. El carácter feminizado que en sus inicios tenían estas tres ocupaciones profesionales (magisterio, enfermería y asistencia social) era plenamente funcional para la sociedad desde el punto de vista material e ideológico.

La presencia de las mujeres en estas profesiones estaría justificada por ser éstas más rentables que los hombres y por tener menos capacidad crítica que ellos, ya que al no haber podido acceder a la formación académica reconocida, no ofrecían resistencia a las condiciones de trabajo y algunas incluso se sentían compensadas sólo con el reconocimiento y el prestigio social. La definición social de estas profesiones determinó su posición de subordinación, como en el caso de la enfermería, cuya subordinación se estableció respecto a la profesión médica, integrada exclusivamente por hombres. En este sentido, al igual que la asistencia social, el ejercicio del magisterio o la enfermería eran considerados como una maternidad social, por lo que el objetivo de la formación que recibían estaba orientado a facilitarles el acercamiento maternal a los problemas del aula, de la pobreza o de los enfermos, considerándose como cualidades necesarias para ejercer estas profesiones, las tradicionalmente definidas como femeninas y relacionadas con la maternidad.

No obstante, muchas de estas primeras asistentes sociales aragonesas asumieron el reto que para ellas suponía el ejercicio de una actividad en el ámbito de lo público, y se empeñaron en construir, a través del ejercicio cotidiano de su trabajo, una imagen más rigurosa y profesional de la asistencia social, a la vez que en transformar las tradicionales concepciones sobre la acción social y sobre las propias relaciones de género existentes en la sociedad española y aragonesa. Un empeño que continuará estando presente en la evolución posterior de la profesión, contribuyendo al proceso de tecnificación tanto de la formación como del ejercicio profesional y a la regularización de las condiciones laborales y de contratación.